

EUSEBIO DE CESAREA

VIDA DE CONSTANTINO

LIBRO IV

1. De qué manera con donativos y promociones honraba a numerosísimas personas.
2. Indulto de la cuarta parte de los impuestos censitarios.
3. Ecuilización también en los agravados impuestos censitarios.
4. Que en los procesos de naturaleza dineraria él mismo resarcía de su peculio a los perdedores del pleito.
5. Sumisión de los escitas vencidos por el signo de nuestro Salvador.
6. Sumisión de los sármatas con motivo de la insurrección de los esclavos.
7. Embajadas de diversos bárbaros, y los regalos que de él recibieron.
8. Que también escribió al rey de los persas, objeto de una embajada, sobre los cristianos allí residentes.
9. Carta de Constantino Augusto a Sapor, rey de los persas, en la que proclama del modo más reverente su reconocimiento de Dios y de Cristo.
10. Continúa hablando contra los ídolos y glorificando a Dios.
11. Continúa hablando contra los tiranos y perseguidores, y sobre Valeriano, caído en cautiverio.
12. Que ha visto las caídas de los perseguidores, y se alborza ahora por la paz de los cristianos.
13. Exhortaciones para que ame a los cristianos que viven en sus dominios.
14. De qué manera tenían los cristianos paz, por el ahínco de las súplicas de Constantino.
15. Que se hizo retratar en las monedas y en las efigies a guisa de suplicante.
16. Que prohibió por ley colocar en los templos idolátricos imágenes suyas.
17. Preces y lecturas de las Sagradas Escrituras en palacio.
18. Legislación que ordenaba guardar el día del domingo y del viernes.

19. De qué manera ordenó que también los soldados paganos oraran en los domingos.
20. Fórmula de la oración dada por Constantino a los soldados.
21. Incisión de los signos de la cruz del Salvador en las armas de los soldados.
22. Ahínco en la oración y culto de la festividad de la Pascua.
23. De qué manera puso freno a la idolatría y veneraba a los mártires y sus fiestas.
24. En qué modo afirmó que él era como un obispo que atendía los asuntos externos de la Iglesia.
25. Una vez más sobre la prohibición de sacrificios, iniciaciones místicas, combates de gladiadores y los de antaño disueltos sacerdotes del Nilo.
26. Rectificación de la ley dirigida contra los carentes de prole y rectificación igualmente de la que versaba sobre testamentos.
27. Legisló prohibiendo que un cristiano fuera esclavo de judíos, y afirmando que los decretos de los sínodos tuvieran fuerza de ley, así como otras provisiones del género.
28. Donativos a las iglesias y distribuciones dinerarias a vírgenes y pobres.
29. Discursos y declamaciones de Constantino.
30. Que trazó la dimensión de una tumba para bochorno de los ambiciosos.
31. Que fue objeto de burlas por su excesiva humanidad.
32. Del discurso de Constantino que compuso a la asamblea de los santos.
33. De qué manera, a pie firme, escuchó la exposición de Eusebio sobre el sepulcro del Salvador.
34. Que escribió a Eusebio sobre la Pascua y los Libros Sagrados.
35. Carta de Constantino a Eusebio elogiando su libro sobre la Pascua.
36. Carta de Constantino a Eusebio sobre la provisión de Sagradas Escrituras.
37. De qué manera se aprestaron las Biblias.

38. De qué manera el emporio de Gaza fue convertido en ciudad por su cristianismo, y fue llamada Constancia.
39. Que un centro de Fenicia fue convertido en ciudad, en tanto que en otras ciudades hubo destrucción masiva de templos idolátricos y edificaciones de iglesias.
40. Que a los tres decenios de su imperio proclamó a sus tres hijos emperadores y decidió llevar a cabo las Encaenia (dedicación) del santuario en Jerusalén.
41. Que, en razón de las controversias surgidas en Egipto, ordenó celebrarse entre tanto un sínodo en Tiro.
42. Carta de Constantino al sínodo de Tiro.
43. Diéronse cita obispos de todas las provincias para festejar las Encaenia del santuario de Jerusalén.
44. De su recepción por el notario Mariano, de los donativos a los pobres y ofrendas votivas a las iglesias.
45. De las variadas homilias de los obispos en las conferencias, y de Eusebio, el que escribió esta obra.
46. Que, más tarde, pronunció en presencia del mismo Constantino la descripción del santuario del Salvador, y el discurso de Tricennalia.
47. Que el sínodo de Nicea tuvo lugar con ocasión de las Vicennalia; las Encaenia de Jerusalén, en cambio, en las Tricennalia de Constantino.
48. De qué manera Constantino no soportó a cierto adulator excesivo.
49. Las bodas de su hijo, el César Constancio.
50. La embajada de los indos, y los regalos.
51. De qué manera Constantino repartió el poder en los tres hijos instruyéndoles en las tareas gubernamentales desempeñadas con religiosidad.
52. De qué manera los educó en la piedad, entrados ya en edad viril.
53. Que, tras haber reinado alrededor de treinta y dos años, y viviendo más de sesenta, disponía de un cuerpo sano.
54. De los que abusaron de su demasiada humanidad con la mira puesta en su insaciable ambición e hipocresía.

55. De qué manera Constantino siguió componiendo discursos hasta el mismo final.
56. De qué manera preparando la campaña contra los persas convocó a su lado los obispos y dispuso un tabernáculo a manera de iglesia.
57. De qué manera, tras recibir las embajadas de los persas, pasó en vela toda la noche con otros, en la festividad de la Pascua.
58. De la edificación en Constantinopla del santuario llamado de los Apóstoles.
59. Una vez más, descripción del mismo santuario.
60. Que en éste se construyó también un monumento a su sepulcro.
61. Indisposición de su cuerpo en Elenópolis, y plegarias para su bautismo.
62. Súplicas de Constantino a los obispos para la impartición del lavacro.
63. De qué manera exulta a Dios, tras recibir el lavacro.
64. El final de Constantino, a mediodía, en la festividad de Pentecostés.
65. Lamentaciones de los soldados y comandantes.
66. Traslado del cadáver desde Nicomedia al palacio de Constantinopla.
67. De qué manera, incluso después de la muerte, fue honrado por los cómites y demás cortesanos como si estuviera en vida.
68. De qué manera el ejército juzgó que en adelante sus hijos fueran augustos.
69. Duelo en Roma por Constantino, y honras tras su muerte mediante imágenes.
70. Deposición de la urna fúnebre en Constantinopla por su hijo Constancio.
71. Exequias en el llamado santuario de los Apóstoles por la muerte de Constantino.
72. Sobre el Ave Fénix.

73. De qué manera se hizo grabar en monedas a Constantino como si ascendiera al cielo.
74. Que Dios, objeto de su honra, lo honró, a su vez, con plena justicia.
75. Que Constantino fue más piadoso que los emperadores romanos que lo precedieron.

LIBRO IV

Al realizar el emperador tantas hazañas para edificación y honra de la Iglesia de Dios, y al conducirlo todo a feliz término, puesta la mira en la laudable fama de la salvífica doctrina, no por ello descuidaba los asuntos ajenos a la Iglesia y, a este respecto, uno tras otro y sin cesar fueron beneficios los que siguió deparando a todos los habitantes de cada provincia, ya haciendo pública ostentación de una solicitud de padre para con todos, ya distinguiendo con condecoraciones diversas a cada uno de cuantos él conocía personalmente, dando con espíritu magnánimo todo a todos, pues no cabía pensar que quien pedía al emperador algo, fracasara en su intento, ni que quien esperó obtener algún beneficio, se viera frustrado en sus expectativas¹; por el contrario, algunos obtuvieron dinero, otros asignaciones de fincas; quién, dignidades prefectivas, quién, senatoriales, quién, consulares; muchos se emplearon como gobernadores,

y de los *comites* unos fueron clasificados como de primer orden, otros del segundo, otros del tercero e incontables fueron los que participaron del perfectísimo, así como de otros numerosísimos y variados títulos nobiliarios. De hecho, el emperador había ideado diferentes tipos de dignidades con el fin de investir de honores a un número mayor de personas².

- 2 De qué manera se las arreglaba para que toda la comunidad humana se rigiera prósperamente, cualquiera podrá deducirlo por un solo ejemplo, benéfico a ultranza, y que al haber tenido aplicación universal, es, aún hoy, bien conocido. Detrajo la cuarta parte de los impuestos anuales que tributaban las tierras y dióselas a los dueños terratenientes, en modo que, si se calcula la reducción anual, resulta que los propietarios de terrenos, cada cuatro años estaban exentos de impuestos. Este hecho que se sancionó por ley y cuya validez se extendió para el futuro, no sólo en favor de los actuales destinatarios, sino en el de sus hijos y herederos de éstos, suscitó una inmarcesible e imperecedera gratitud hacia el emperador³. Por otro lado, como algunos súbditos se
- 3

quejaran de las agrimensiones llevadas a cabo por los príncipes anteriores, y se lamentaran de que sobre sus campos pesaban excesivos gravámenes, una vez más, mediante un justo ordenamiento legal, mandó despachar perecuatores que ofreciesen indemnidad a los reclamantes⁴. Más aún, con ocasión de estar ejerciendo de juez, para que la parte perdedora por su decisión no abandonara su presencia menos contenta que el litigante victorioso, el emperador solía dar a los vencidos, recurriendo a su propio peculio, ya bienes inmuebles, ya dinero contante; de esta manera, tomaba buen cuidado de que el perdedor, al haber tenido el alto honor de ver celebrada la vista ante el emperador, se sintiera igualmente satisfecho que el que ganaba el proceso. Pues no le cabía que se alejara cariacontecido y apesadumbrado quien había estado ante tan gran emperador. En consecuencia, ambas partes celebraban el final de la causa con el rostro radiante y risueño, mientras que a todos embargaba la estupefacción por la magnanimidad imperial⁵.

¿Qué necesidad tengo yo de consignar, aunque sea de 1 5

paso, cómo domó las naciones bárbaras bajo la potestad romana, de qué modo fue él el primero en poner bajo el yugo a los pueblos de los escitas y sármatas que nunca antes habían conocido la esclavitud, obligándoles a su pesar a considerar como amos a los romanos? De hecho, los emperadores anteriores habían pagado tributos a los escitas, y eran romanos los que estaban sujetos a gente bárbara con sus desembolsos anuales ⁶. El emperador, entonces, no podía tolerar más esa situación, así como tampoco le pareció decoroso a él, el vencedor, pagar los mismos cánones que sus predecesores; confiando, pues, en su salvador y levantando en alto contra aquéllos el trofeo victorioso, en poco tiempo sojuzgó a todos, bien fuera haciendo entrar en razón con la fuerza militar a los contumaces, bien conciliando a otros con negociaciones convincentes; y por esta vía les hizo trocar una vida salvaje y sin ley por un estado de orden y civilización.

Fue así, pues, como los escitas aprendieron a acatar a los romanos.

A los sármatas fue el mismo Dios quien los lanzó a los pies de Constantino, y ésta la manera como dobló a aquellos hombres hinchados de su bárbara arrogancia. Con motivo de que los escitas se levantaron contra ellos, los señores armaron a los siervos para repeler al enemigo. Cuando los esclavos se hicieron dueños de la situación, levantaron los escudos contra sus amos y los expulsaron a todos de sus tierras. Éstos no hallaron otro puerto de salvación que Constantino; y él, habituado a salvar vidas humanas, los acogió a todos dentro de los confines de los romanos. Al personal útil lo enroló en sus tropas; a los demás les repartió tierras de labranza para proveerse del sustento, de suerte que llegaron a confesar que en buena hora su desgracia habíase tornado en goce de la libertad romana, en vez del salvajismo bárbaro. Realmente, las victorias que Dios le regalaba sobre todos los pueblos eran de tal especie que todas las estirpes bárbaras expresaban de buen grado su deseo de someterse a su autoridad⁷.

Era, por tanto, continua la llegada, desde cualquier punto de la tierra, de embajadores que traían como regalos cuanto de precioso se daba en sus países, de manera que nosotros mismos, a la sazón presentes, contemplamos unos ejemplares extraordinarios de bárbaros, firmes ante las puertas del palacio, en filas, siguiendo un orden; y diferían entre sí o por

el atuendo, o por la conformación de su estampa; los estilos de sus cabelleras y barbas eran diametralmente divergentes; el aspecto de sus rostros truculentos, bárbaro y horripilante; y la estatura de sus vigorosos cuerpos, descomunal⁸. Unos tenían el rostro tirando a rojo, otros más blanco que la nieve; quién, más negro que el ébano y la pez, quién, de una mezcla intermedia, pues en el número de los que me he referido podían verse las progenies de los blemios, de los indos y de los «etíopes, que se dividen en dos, y son los hombres más remotos»⁹. Cada uno de aquéllos, en pertinente sucesión, como en un cuadro, iban ofreciendo al emperador sus objetos más preciados; algunos, coronas de oro; otros, diademas de piedras preciosas; unos, esclavos de blondos cabellos; otros, vestidos de corte bárbaro, recamados en oro y flores¹⁰; los había que ofrendaban caballos, y no faltó quien aportaba escudos y grandes picas, flechas y arcos, dando con esto inequívocas muestras de brindar sus servicios y alianza al emperador, por si tenía a bien aceptarlos. Éste cogía los presentes de quienes los ofrecían, y los ponía a un lado; él, a su vez, recompensaba con tal munificencia, que en un instante volvían ricos los que habían traído regalos; y honraba con dignidades romanas a las personalidades más sobresalientes de entre ellos, tanto, que la mayor parte se

encontró a gusto residiendo allí, dejando en el olvido el regreso a su patria ¹¹.

Como quiera que el rey de los persas considerara interesante darse a conocer a Constantino mediante una embajada ¹² y le enviase dones que simbolizaban tratados de amistad, el emperador negoció los pactos, y en el intercambio de regalos sobrepasó con creces de desprendimiento al que había tenido la iniciativa de agasajarlo. Al enterarse de que entre los persas estaban boyantes las comunidades de Dios, y que eran numerosísimas las muchedumbres que se congregaban en los rediles de Cristo, alborozado por esta noticia, como si se tratase del común valedor de los fieles sea cual fuere el lugar donde se hallaren, también allí hizo gala de su solicitud hacia todos. Él mismo pondrá esto de manifiesto con sus propias palabras a través de la carta que envió al rey de los persas, y en la que con dedicación y desvelo sumos le recomendaba aquellos varones ¹³. También esta carta autógrafa

del emperador, en lengua latina, obra en nuestro poder, pero la aportamos aquí traducida a la lengua griega, para que sea de más fácil comprensión a los que topen con ella, siendo éste su tenor ¹⁴:

9

Como guardián de la fe divina, cúmpleme ser partícipe de la verdadera luz. Guiado por la luz verdadera, reconozco la fe divina. Debido a estos motivos, como los hechos confirman, yo conozco la verdadera religión. Admito sin paliativos que tengo este culto como maestro en el reconocimiento de Dios santísimo. Con la fuerza de este Dios como aliado, comenzando desde los extremos confines del Océano, poco a poco he ido despertando a todo el orbe a esperanzas firmes de salvación, de suerte que todo cuanto se hallaba esclavizado por tantos tiranos y, abandonado día tras día al infortunio, estaba arruinado, tras tomar general revancha pareció revivir como por efecto de un medicinal remedio. A ese Dios respeto; mi ejército, consa-

grado a ese Dios, lleva sobre los hombros su enseña, y dondequiera lo llame la causa de la justicia, allá se dirige. Al punto recibo yo de ahí la grata recompensa con victorias resonantes. Declaro sin ambages que honro a ese Dios con un recuerdo imperecedero, y con ánimo puro y sin tacha percibo claramente que él habita en lo más alto de los cielos. De hinojos a él 1 10 invoco; huyo de toda sangre nauseabunda y de olores repugnantes y abominables, y me aparto de toda luminiscencia terrena ¹⁵, cosas todas con las que, embadurnándose el criminal y nefando error, a muchas naciones y a linajes enteros ha derribado, precipitándolos en los más profundos infiernos. Pues lo que el Dios de todas 2 las cosas en su solicitud por todos los hombres ha revelado por el amor que profesa al género humano, y para que le sea de utilidad, en modo alguno tolera que sea tergiversado según el antojo de cada cual; él sólo pide de los hombres una mente pura y un alma sin mácula, y sobre esta base sopesa los actos de virtud y de piedad. Efectivamente, él goza con las obras de la 3 equidad y de la dulzura, ama a los mansos, odia a los turbulentos, quiere la fidelidad, castiga la infidelidad, desbarata toda suerte de prepotencia arrogante, extirpa de cuajo a los que se sulfuran en vaharadas de iracundia, pero a los humildes y resignados retribuye según su mérito. Por esto y porque tiene en alta estima al 4 reino que sea justo, lo robustece con sus favores, conservando la sabiduría imperial con la tranquilidad de la paz.

No creo equivocarme, hermano mío, cuando afirmo 1 11 sin circunloquios que ése es el único Dios, señor y

padre de todos, al que muchos de los que aquí gobernaron intentaron negar, arrastrados por errores demenciales. Pues bien, un final que cobró justicia de tal tentativa echó a perder a todos aquéllos sin excepción, de modo que todas las generaciones que vinieron tras aquéllos, más que cualquier otro ejemplo proponían la desgracia de ellos a los que anhelaban emularlos. De entre éstos, creo que hubo uno al que la ira divina, fulminándolo como un rayo fuera de nuestras fronteras, os lo entregó a vuestro territorio, deparándoos vuestra celeberrima victoria para (su) baldón¹⁶.

12 No obstante, parece que ha sido positivo el hecho de que se haya puesto de manifiesto, en nuestro mismo tiempo, el castigo que se han ganado esos tales. Yo mismo, en realidad, he presenciado cómo acababan los que, hace bien poco, <agitaban>¹⁷ con inicuos edictos al pueblo consagrado a Dios. Por ello, es grande el agradecimiento a Dios, dado que por su cumplida providencia todos los hombres que respetan la ley divina se regocijan y se enorgullecen, por habérseles restituido la paz. De ahí mi convicción de que todo está bien hecho y sin falta, una vez que, gracias a la pura y noble religión que aquéllos profesan, Dios se digna atraer a todos hacia sí, a partir de una doctrina sin disonancias sobre la divinidad.

13 Imagínate, pues, con qué alegría oigo que, como yo quería, las zonas más importantes de Persia, en su mayor parte, están adornadas con ese muestrario de hombres, los cristianos quiero decir —sobre ellos versa mi discurso—. Ojalá te suceda a ti, como a aquéllos, lo mejor y del modo mejor; pues aquéllos tuyos son.

De este modo, tendrás al Señor del universo <suave>, compasivo y benévolo. Por tanto, y en atención a tu grandeza, ahí te los entrego, dejando en tus manos esos mismos que antes mencioné, pues eres famoso por tu religiosidad. Ámalos, en la cabida de tu sensibilidad; pues, mediando la fe, rendir indescriptible favor a ti y a nosotros.

En estas circunstancias, cuando todos los pueblos de la 1 14 tierra se sentían guiados así como por un piloto y saludaban aquel gobierno regido por el ministro de Dios, al tiempo que nada ya desazonaba al imperio de los romanos, en estas circunstancias, digo, toda la humanidad dejaba transcurrir su vida llena de serenidad y sosiego. Y como el emperador 2 creía que las oraciones de la gente piadosa repercutían beneficiosamente en la salvaguarda del estado, con todo apremio se las procuraba, ya orando él mismo a Dios, ya recabando de los prelados eclesiásticos que se elevaran preces por él.

Cualquiera puede percatarse de la intensidad con que la 1 15 fe en Dios había arraigado en su alma, si se repara en el hecho siguiente: ordenó imprimir su efigie en las monedas de oro de modo que pareciera que miraba a lo alto, en posición orante, con las palmas de las manos vueltas hacia Dios. Monedas de este tipo circularon por todo el imperio 2 romano¹⁸. Incluso en los palacios imperiales de algunas ciudades, en unos cuadros que se colocaban en la parte

superior de los portones, hallábase retratado él, de pie y erguido, elevando su rostro al cielo, y con las manos extendidas en ademán de súplica¹⁹. Ésta es la imagen que quiso dar de sí, orando hasta en los retratos. No obstante, prohibió por ley que se sacralizara su efigie en los templos idolátricos, para no contagiarse ni en pintura con el error de aquellos que él mismo había proscrito²⁰.

17 Pruebas aún más nobles que éstas podría cualquiera también discernirlas en el ambiente de iglesia que implantó en el mismo palacio imperial, marcando él personalmente la pauta a cuantos conformaban aquella comunidad ritual: cuando cogía entre sus manos las escrituras, entregaba su espíritu a la meditación de las palabras divinamente inspiradas; después recitaba las oraciones de rigor en compañía de los componentes de la Corte²¹.

18 De otra parte, estableció la ley de que se considerara como un día especialmente apto para la oración al que en verdad es primero y principal de la semana, es decir, el día del Señor y de la salvación²². Diáconos y ministros consa-

grados a Dios, hombres respetables por la gravedad de su vida y distinguidos con todas las virtudes, hacíanse cargo, como guardianes, de toda la casa, mientras fieles doríforos y su guardia de corps, armados con toda suerte de <leal> desvelo, encontraban en el emperador un instructor de las prácticas de la piedad, guardando también ellos en no menor grado que aquél ese salvífico y dominical día, a la par que realizaban las devociones que aquél amaba. Este bienaven- 2 turado recomendaba a todos los súbditos que hiciesen lo mismo, como si estuviese embargado por el deseo de convertir gradualmente a todos los hombres en adoradores de Dios. En consecuencia, prescribió a todos los vasallos del imperio romano dedicar al descanso el día consagrado al Salvador, y similarmente, respetar el que <precede> al sábado, en memoria, supongo, de los hechos que, según la tradición, fueron vividos por nuestro común Salvador.

Como impartiera instrucciones para que todo el ejército 3 guardara con empeño el día salvífico, que deriva su nombre de la luz y del sol, a los que comulgaban con la fe divina concedióles tiempo libre para que atendieran sin trabas los servicios religiosos y se entregasen a sus rezos sin cortapisa alguna; para los que, por contra, no comulgaban aún con la divina doctrina, ordenó por una segunda ley que <en> los 19

días dedicados al Señor formaran frente a la ciudad en un espacio despejado, y que allí, a una señal, todos juntos elevaran a Dios una plegaria previamente ensayada. Pues, opinaba, no se necesitaban lanzas ni armamentos, ni dependían las propias esperanzas de la robustez física; por el contrario, reconocía al Dios universal, dador de todo bien, y más aún, de la misma victoria, al que estaban obligados a responder con las oraciones prescritas, elevando en alto al cielo las manos, y más alto aún los ojos del espíritu hacia el rey de los cielos, y a él proclamarlo, entre súplicas, <dispensador> de la victoria, Salvador, Custodio y Valedor. El mismo emperador en persona enseñó a todos los soldados la plegaria, dando la orden de que todos la recitaran en

20 1 latín, de la siguiente manera: «Sólo a Ti te conocemos como Dios, — a Ti te reconocemos como soberano, — a Ti te invocamos como Valedor, — de Ti obtenemos las victorias, — por Ti somos superiores a los enemigos, — a Ti damos las gracias por los pasados beneficios, — en Ti también confiamos como <dispensador> de los venideros, — de Ti todos somos suplicantes, — rogamos séanos conservado el tiempo más largo posible, a salvo y victorioso, nuestro emperador Constantino, 2 así como sus piadosos hijos»²³. Tal fue lo que legisló que

hicieran el día de la luz los batallones de sus tropas, y tales fueron las palabras que enseñó a pronunciar en las plegarias a Dios.

Finalmente, hizo que se reprodujera sobre las mismas armas el símbolo del salvífico trofeo, y que ninguna estatua de oro figurara a la cabeza del ejército en campaña, cual era su prístina costumbre, sino sólo el salvífico trofeo²⁴. 21

Él mismo, como si se tratara de un adepto de los sagrados misterios, cada día, a unas horas determinadas, se encerraba en las cámaras más recoletas del palacio para conversar a solas con su Dios solo²⁵, y cayendo de rodillas con suplicantes oraciones rogaba lo que necesitaba obtener²⁶. En los días destinados a la salvífica festividad²⁷, prorrogaba las prácticas espirituales con toda la intensidad de su cuerpo y de su alma, y daba cumplimiento a las sacras ceremonias en su papel de hierofante, bien entregándose a una pureza de vida total, bien siendo guía para todos de la celebración. Transformaba la noche de la sagrada víspera en luz del día, merced a altísimas columnas de cera que hombres específicamente encargados al efecto encendían por toda la ciudad; las lámparas de fuego iluminaban todo rincón, de suerte que la mística vigilia resultaba ser más esplendorosa que el luminoso día. Al despuntar el alba, imitando las obras de la 22

salvífica beneficencia, extendía su benéfica diestra a todas las naciones, gentes y pueblos, regalando a todos toda clase de opulentísimos dones²⁸.

23 Ésta era la manera con que realizaba los sagrados ministerios en honor de su Dios. Y a todos los súbditos del imperio romano, así como a la milicia, cerráronse por completo las puertas de toda especie de idolatría, y se prohibió cualquier variedad de sacrificio. Igualmente, se emitió una ley a todos los gobernadores de las provincias, ordenándoles festejar el día del Señor; y ellos mismos, por orden del emperador, honraban los días conmemorativos de los mártires, así como también daban esplendor a determinadas fechas solemnes mediante concentraciones; y todo ello se llevaba a cabo con gran contento del emperador.

24 De aquí que, tras haber invitado en cierta ocasión a unos obispos a un banquete, emitiera, con buen acuerdo, la opinión de que él también era obispo, expresándose casi con estas palabras ante nuestros propios oídos: «Mientras vosotros sois obispos de lo que está dentro de la Iglesia, yo he sido constituido por Dios obispo de lo que está fuera»²⁹. Al

tomar decisiones en consonancia con sus palabras, practicaba un ejercicio episcopal sobre todos los vasallos, y exhortaba, con cuanta fuerza era capaz, a seguir una vida de religiosidad.

De aquí que, con buen acuerdo, ordenara con ininterrumpidas leyes y disposiciones no sacrificar a los ídolos, no encargarse oráculos, no erigir simulacros, no celebrar ritos ocultos, no contaminar las ciudades con cruentas luchas de gladiadores³⁰. Otra ley fue destinada a los que en Egipto 2

y en la misma Alejandría conservan la costumbre de venerar a su río mediante hombres afeminados³¹; dicha ley mandaba que toda aquella ralea de hermafroditas fuera exterminada como algo espurio, y que en ningún lugar pudieran verse 3 seres tan patológicamente afectados de esa lascivia³². Y como los supersticiosos dieron en pensar que ya no iba a fluir el río como de costumbre, Dios obrando de consuno con la ley del emperador, operó todo al revés de cuanto esperaban; pues ya no estaban los que contaminaban las ciudades con su impudicia, y el río, como si se le hubiera purificado la comarca, afluyó más crecido que nunca, y subiendo con su rico caudal irrigó los labrantíos, enseñando con los hechos a los hombres la imperiosa necesidad de rehuir a gente impía y descabellada, y que sólo a Dios, dispensador de todo bien, debían atribuir la causa de eventos tan bienhechores.

26 1 Innumerables, pues, son las intervenciones del emperador en cada provincia, y los que tuviesen a gala el registrarlas

dispondrían de todas las facilidades, y lo mismo ocurre con las leyes, las cuales fue renovando desde las más antiguas y transformándolas con el designio de que fuesen más santas. También de éstas es bastante fácil consignar al instante su carácter³³. Antiguas leyes castigaban a los carentes de prole² con la supresión del derecho de sucesión de los bienes familiares. Era ésta una <ley> atroz para los que no tenían hijos, pues los sancionaba con una pena como si fueran criminales. Una vez derogada, otorgó el derecho de suceder a los que les correspondía³⁴. El emperador cambió esta situación en un sentido más justo, sosteniendo que es preciso hacer entrar en razón con el congruo castigo a los que han cometido delitos conscientemente. A muchos es la naturaleza la que les niega³ los hijos, y por más ardientes que sean sus súplicas de verse

agraciados con numerosa prole, están privados de ella por un impedimento físico; otros quedan sin hijos no porque se niegan a que sus hijos los sucedan, sino porque renuncian al contacto con mujeres, en vez del cual optan por un acendrado amor a la filosofía. Muchas mujeres, al consagrarse al servicio de Dios, persiguen la castidad y virginidad absolutas, haciendo oblación de sí mismas, en cuerpo y alma, a una vida
4 casta y de suma santidad³⁵. Supuesto esto, ¿había que tener este régimen de vida por digno de castigo, o más bien de admiración y aprobación? Pues la mera aspiración merece estima; lograrlo, sobrepasa la condición humana. Se impone, pues, tener lástima, que no castigar a los que por impedimento físico ven desbaratadas sus esperanzas de hijos, así como es digno del estupor más sobrecogedor, y no de castigo, aquel que está rendido de amor por el Omnipotente. En este orden de consideraciones se movió el emperador cuando con recto
5 criterio modificó la ley³⁶. Leyes igualmente antiguas, además, determinaban que las disposiciones testamentarias de los moribundos prestaran, en el momento mismo del último suspiro, el más estricto cuidado en la elección de las palabras, y establecían qué fórmulas y expresiones había necesariamente que agregar; de donde surgían numerosos intentos fraudulentos al acotar las preferencias de los difuntos.
6 Recapitando el emperador sobre esta situación, varió tam-

bién esta normativa, estableciendo que el moribundo dispusiera lo que pensaba con palabras sencillas y con cualesquiera expresiones, y que expusiera su voluntad en cualquier documento; y en el caso de que no quisiera dejarla escrita, sólo bastaría con que lo hiciera ante testigos idóneos, capaces de dar fe ateniéndose a la verdad³⁷.

Dispuso también por ley que ningún cristiano fuera esclavo de los judíos³⁸; pues no era justo que los que han sido rescatados por el Salvador estén sometidos al yugo de la esclavitud por quienes mataron a los profetas y al Señor: si algún cristiano era encontrado en esa situación, al uno se le dejaría libre, y al otro, se le castigaría con multa pecuniaria. Ratificó con su autoridad las sentencias de los obispos dictadas en los sínodos, de modo que no les era permitido a los gobernadores de las provincias rescindir las decisiones, pues afirmaban que los sacerdotes de Dios merecían más crédito

3 que cualquier juez³⁹. Incontables fueron las disposiciones hermanas de éstas que promulgó para sus vasallos, pero sería necesario un tiempo adecuado para compilarlas con un tratamiento específico que aportara una valoración exacta de la solicitud imperial, también en estas materias⁴⁰.

28 ¿Qué necesidad hay ahora de explicar el modo con que, uniéndose a su Dios, soberano universal, del alba al crepúsculo, revolvía en su mente a qué hombres iba a beneficiar, y lo equitativo y deferente que era con todos en su bienhechor quehacer? Daba, de manera particular, a las iglesias de Dios lo más que podía, repartiendo ya fincas, ya trigo para la manutención de gente sin recursos, niños huérfanos y mujeres viudas⁴¹. Acopiaba además con gran cuita enormes cantidades

de ropa para los desnudos e indigentes. Pero con diferencia tributaba una mayor estima a los que habían consagrado sus vidas a la filosofía divina. Constante fue, en efecto, su poco menos que veneración hacia el coro de santísimas doncellas, vírgenes de Dios a perpetuidad, convencido como estaba de que en sus almas habitaba el mismo Dios al que se habían consagrado ⁴².

Él mismo pasaba las horas de las noches sin dormir, a fin 1 29 de enriquecer su espíritu con las Sagradas Escrituras, y como en sus ratos de ocio escribía discursos, con asiduidad los hacía públicos, con la profunda convicción de que era preciso gobernar a los súbditos dando cuenta explicativa y hacer lógica toda la gestión gubernamental. Por ello, 2 personalmente hacía las convocatorias, y vastísimas masas acudían presurosas para escuchar a un emperador que filosofaba. Y si, mientras hablaba, presentábase por caso el pretexto de un comentario teológico, de pie, por completo erguido, con el semblante contraído y la voz sumisa, parecía como si iniciara a la concurrencia en la doctrina divina con total devoción; después, como los oyentes lo aclamaban con gritos de aprobación, con un gesto mandaba mirar a lo alto, al cielo, y reservar su estupor sólo al Soberano Universal, y

3 honrarlo con adoración y alabanza⁴³. Solía dividir sus argumentaciones, primero rebatiendo el yerro politeísta, poniendo de relieve que la superstición⁴⁴ de los gentiles era un fraude y un baluarte de la impiedad; después, daba a conocer la soberanía de Dios; a continuación, pasaba a tratar la Providencia, tanto en lo general como en lo particular. De aquí bajaba a desarrollar la economía de la salvación, mostrando que también ésta se había producido necesariamente y conforme a un plan adecuado. A partir de ese punto, entraba en
4 la doctrina del juicio divino. Y era precisamente aquí donde, del modo más impresionante, llegaba a la conciencia de los oyentes, cuando denunciaba a los rapaces, a los violentos y a los que se habían rendido a su insaciable apetito de riqueza⁴⁵. Su verbo golpeaba como si se tratara de un flagelo,

y a algunos de los nobles que se hallaban presentes, hacía bajar la mirada, vapuleados en su conciencia. Sin dejar de testificar en los más inequívocos términos, les advertía que rendirían cuentas de sus acciones a Dios⁴⁶. Pues a él, Dios, soberano universal, le había entregado el mando supremo de la tierra; él, a su vez, a imitación del Omnipotente, había confiado la administración parcial del poder, y que todos, sin excepción, rendirían cuenta de sus actos al Sumo Soberano. Esto testimoniaba sin interrupción, esto recordaba, 5 de esto era maestro⁴⁷. Pero mientras él, fiando en la autoridad de su fe, meditaba pensamientos de esa naturaleza y los exteriorizaba, había otros que se mostraban reacios a una tal enseñanza y sordos para la virtud; de boca y con ademanes de aprobación aplaudían lo que se les decía, pero de hecho 1 30 lo despreciaban por su avidez, a tal extremo que en cierta ocasión, agarrando a uno de los del cortejo, díjole el emperador: «Tú, ¿dónde ponemos límite a la avidez?» Después, con la lanza que a la sazón tenía entre las manos, delineó sobre el suelo las dimensiones de una figura humana, y dijo: «Aunque poseyeras toda la riqueza de esta vida, y el mundo entero, no vas a llevarte más que este pedazo de tierra que he dibujado, y eso, caso de que lo logres»⁴⁸. Empero, por más 2

que aquel bienaventurado dijera e hiciera cosas como ésa, de nadie consiguió que pusiera fin a su proceder; fueron los mismos hechos los que palmariamente los convencieron de que los pronósticos del emperador más se semejaban a oráculos divinos que a meras palabras.

31 Ante el hecho de que el miedo a la pena capital no conseguía disuadir de la iniquidad a los malvados —y todo esto porque el emperador era un ser por completo dado a la misericordia⁴⁹, en tanto que ninguno de los gobernadores de cada provincia en ningún sitio y en modo ninguno daban la cara ante los que delinquían—, tal situación de cosas dio pie a una queja no carente de relevancia contra la administración global del imperio; si con razón o no, juzgue cada cual a su gusto: permítaseme a mí, al menos, constatar por escrito la verdad⁵⁰.

El emperador solía componer sus discursos en lengua latina. Los traductores que estaban encargados de este cometido los vertían al griego⁵¹. A guisa de ejemplo de estos discursos traducidos, añadiré como anexo, a renglón seguido del presente tratado, aquel que él mismo intituló «A la comunidad de los santos», escrito que él dedicó a la Iglesia de Dios; y lo haré para que nadie crea que nuestro testimonio sobre lo que se ha dicho es una pura baladronada⁵². 32

Un hecho, sin embargo, no debo dejar de consignar en el recuerdo, y que aquel admirable emperador realizó en nuestra presencia. Efectivamente, cuando en cierta ocasión, alentados por su fe en Dios, recabamos su licencia para pronunciar un discurso sobre el Salvífico Sepulcro contando con su audiencia, de muy buen grado prestó oídos, y en una sala del palacio que abarrotaba la multitud de oyentes a su alrededor, él, de pie y erguido, dispúsose a oír, junto a los demás. 1 33

Como le rogásemos nosotros que tomara asiento en un solio imperial que había al lado, en modo alguno accedió; con viva atención dio escucha a lo que se decía, y hacía gestos de asentimiento a la verdad de los dogmas teológicos. Como el tiempo pasaba, y el discurso se alargaba, preferimos ponerle término, pero no lo consintió, y nos invitó a llevarlo hasta el fin. Volvimos a insistir en que se sentara, mas él mostró su disgusto, diciendo que no estaba bien escuchar con dejadez el desarrollo de los dogmas divinos, por el contrario, la postura adoptada le convenía y redundaba en su provecho; pues es un acto de reverencia oír de pie las cosas de la divinidad. Cuando acabó el discurso, regresamos a casa⁵³, y
34 retomamos nuestras ocupaciones habituales. Pero él, que no dejaba de velar por las iglesias de Dios, dirigió a nuestra

persona una carta sobre la manera de suministrarle los textos divinamente inspirados. Iba unida a esta carta otra sobre la santidad de la festividad pascual. Como nosotros le habíamos dedicado una explicación mística del significado de esta fiesta, todo el que tome contacto con este mismo escrito imperial podrá advertir de qué modo nos pagó con el honor de su respuesta⁵⁴.

El Vencedor Constantino, Máximo, Augusto, a Euse- 1 35
bio.

Es una empresa del todo ardua y superior a cualquier capacidad de expresión exponer con la dignidad que ello requiere los misterios de Cristo, de igual modo que es una operación provechosa, pero también extenuante, el interpretar de manera adecuada el origen y controversia sobre la Pascua. A los hombres es imposible hablar dignamente sobre lo divino, incluso a los que están dotados para reflexionar. No obstante, ad- 2
mirando como admiro tu amor al saber y tu amor propio, he leído con placer el libro y como querías he ordenado difundirlo entre los muchísimos que se apli- 3
can sinceramente al servicio divino. Y teniendo en cuenta, por cierto, con qué gusto recibimos regalos así de tu perspicuidad, esfuérazte por alegrarnos con un envío más continuado de los libros, de los que confiesas estar tú mismo nutrido. A ti, pues, que estás en plena carrera, como suele decirse, te animamos a tus habituales estudios, en tanto que la confianza que en tan alto grado te expreso muestra bien a las claras que has hallado a la altura de tus obras al que ha puesto en lengua latina el fruto de tus fatigas, pese a que la tal

traducción sea por completo incapaz de alcanzar dignamente la belleza de tus palabras originales.

Dios te guarde, dilecto hermano.

Sobre este asunto, tal era el escrito; el que se refiere al suministro de las divinas lecturas es del porte siguiente:

36 1 El Vencedor Constantino, Máximo, Augusto, a Eusebio:

En la ciudad que lleva nuestro nombre, por el favor providente de Dios nuestro salvador⁵⁵, una grandísima cantidad de gente se ha entregado a la Santísima Iglesia, hasta el punto de que, ante el fuerte incremento que todo está allí tomando, parece del todo procedente habilitar en esa ciudad más iglesias. Acoge, por tanto 2 con el mayor celo lo que nuestra decisión ha adoptado. Pues nos ha parecido conveniente manifestar a tu sapiencia el deseo de que ordenes transcribir por expertos calígrafos, escrupulosamente versados en ese arte, cincuenta ejemplares en pergaminos bien elaborados; claramente legibles y de fácil manejo para el uso, de las Sagradas Escrituras, claro está, cuya útil 3 provisión tú sabes lo necesaria que es para la instrucción de las iglesias⁵⁶. Se han cursado escritos por orden de

nuestra clemencia al vicario de la diócesis, para que se ocupe de proveer todo lo pertinente a su puesta a punto. Será asunto de tu incumbencia el que los ejemplares transcritos estén listos cuanto antes. En virtud 4 de este escrito nuestro, estás facultado para que se te suministren dos <carros> públicos en orden a su transporte. Es así, sobre todo, como más fácilmente se harán llegar ante nuestros ojos los bellos ejemplares, siendo un diácono de tu iglesia quien forzosamente conducirá esto a término, y ese tal, en cuanto llegue, podrá experimentar la generosidad de nuestros sentimientos.

Dios te guarde, dilecto hermano.

Esto es, pues, lo que ordenó el emperador. La ejecución 37 siguió de inmediato a la orden, enviándole nosotros entonces terniones y cuaterniones en volúmenes preciosamente trabajados ^{57***}. También podrá esto mismo atestiguarlo otra réplica del emperador, por medio de la cual, como se enterara de que nuestra ciudad de Constancia ⁵⁸, otrora habitada por hombres desusadamente supersticiosos, por un impulso súbito de religiosidad había mudado su primitivo error idolátrico, dio muestras de que se alegraba y de que aprobaba la acción ^{59***}.

Pues, realmente, la plaza ahora llamada Constancia, en 38 la provincia de Palestina, una vez que abrazó la salvífica religión, descolló ya por el favor divino, ya por el del emperador, siendo declarada ciudad, cosa que antes no era, y

trocando su nombre en uno superior, el de la piadosa hermana del emperador ⁶⁰.

39 1 Otras muchas regiones experimentaron este mismo cambio de nombre, como la ciudad en la Fenicia que lleva el nombre del mismo emperador: sus habitantes entregaron al fuego innumerables estatuas idolátricas y las substituyeron por la
2 ley que otorga la salvación ⁶¹. En otras provincias, tanto en el campo como en la ciudad, masas enteras se acercaban por propia iniciativa a la salvífica doctrina, y los objetos antes tenidos por sacros, estatuas en materiales de toda especie, los hacían desaparecer, como si fueran pura nada; y demolían sin que nadie se lo ordenara, sus templos y santuarios de tan gran alzada; en su lugar, elevaban iglesias de nueva planta,
3 repudiando su anterior desvarío. Ahora bien, no cabe esperar de nuestra aplicación un registro pormenorizado de todas y cada una de las gestas emprendidas por este ser amado de Dios, antes bien, de aquellos que tuvieron el honor de convivir con él todo su tiempo. Por nuestra parte, una vez que expongamos en este escrito brevemente lo que sí realmente conocemos, pasaremos a la última etapa de su vida ⁶².

40 1 Se cumplía el trigésimo aniversario de su reinado ⁶³. Sus tres hijos, césares ilustrísimos, habían sido asociados públicamente al poder en épocas diferentes: el primero, Constantino, homónimo del padre, participó de ese honor en el

décimo año del mandato paterno; el segundo, Constancio, que se realzaba por la homonimia con su abuelo, fue proclamado César con ocasión de la celebración vicenal; el tercero, Constante, que con la adopción de su nombre alude a un hombre constante e insistente⁶⁴, fue promovido en torno al tercer decenio. Tras procurarse de esta manera una triple 2 descendencia de hijos caros a Dios, a guisa de una trinidad, la honró asociándolos al imperio en períodos de diez años⁶⁵; y pensando que su trigésimo aniversario era una buena ocasión (para rendir gracias) al soberano universal, decidió que ése era el momento adecuado a maravilla para celebrar la consagración de la basílica que por él mismo había sido mandada construir, con su apremiante celo, en Jerusalén.

Pero la envidia⁶⁶, que aborrece el bien, también en esta 1 41 circunstancia intentaba perturbar el esplendor del festejo interponiendo como una oscura nube a los deslumbrantes rayos del sol, por el prurito de conturbar una vez más con desavenencias propias de allí las iglesias de Egipto. Sin 2 embargo, el emperador, caro a Dios, disponiendo un sínodo plenario de obispos, cual si de un ejército divino se tratara, de nuevo plantó cara al envidioso demonio y dio orden de que urgentemente vinieran de todas partes de Egipto y de

Libia, de Asia y de Europa, en primera instancia para poner fin a la controversia, y en segunda para proceder a la consagración del templo antes mencionado⁶⁷. Decidió de paso que las disputas se dirimieran en la capital de la Fenicia; pues no era permisible que quienes andaban malquistados por opiniones contrastantes comparecieran al culto divino, cuando la ley divina prescribe que los implicados en litigios no realicen las ofrendas sin haberse antes brindado su amistad y haber mutuamente hecho las paces⁶⁸. El emperador, manteniendo vívidas estas saludables normas en su alma, expuso su intención de que se afrontaran las cuestiones planteadas con un espíritu de unánime concordia⁶⁹, mediante un escrito que reza así:

42 1 El Vencedor Constantino, Máximo, Augusto, al Santo Sínodo de Tiro⁷⁰:

No dejaría de ser, quizás, una cosa acorde con la

prosperidad de la hora presente, y sobremanera conveniente, que la Iglesia Católica estuviera sin convulsiones, y que los ministros de Cristo se mantuvieran a recaudo de toda clase de injuria. Pero como algunos azuzados por el aguijón de la insana polémica —pues no podría decir que vivan como de su categoría se espera— intenten subvertirlo todo⁷¹, cosa que en mi opinión va más allá de toda calamidad, por este motivo os exhorto a que, como suele decirse, a la carrera os lancéis a la consecución de un idéntico fin sin demora alguna, a que os reunáis en un concilio plenario, a que prestéis socorro a los que lo necesitan, a curar a los hermanos periclitantes, a recomponer en concordia los miembros disyectos, a rectificar los errores mientras haya tiempo, a fin de que devolváis la necesaria concordia a tantas provincias, esa concordia ¡qué absurdo! que la arrogancia de unos poquísimos ha echado a perder. Creo que todos los hombres están de acuerdo² en que ello será grato a Dios, a nosotros el culmen de nuestras aspiraciones, y para vosotros, caso de que reclaméis la paz, el motivo de una gloria bien aquilataada. No tardéis más, antes bien redoblando desde ahora vuestro celo, esforzaos por poner el justo término a los problemas planteados, reuniéndoos, como es obvio, con toda la auténtica lealtad <que> el Salvador, aquel al que servimos, poco menos que gritando pide especialmente de vosotros.

Nada os va a faltar de lo que incumbe a mi religioso³ celo. Se ha cumplido todo lo que por carta me hicisteis saber. He escrito a los obispos que quisisteis⁷², para

que, al sumárseos, participaran de los problemas; he
enviado al consular Dionisio⁷³, a fin de que, con voso-
tros, recuerde a los prelados el deber de asistir al
sínodo y supervise escrupulosamente con su presencia
4 la buena marcha de lo que se hace. Si alguno, cosa que
no creo suceda, intentando ahora⁷⁴ infringir nuestra
orden, no quisiera asistir, de palacio se enviará quien,
desterrándolo por imperial decreto, le enseñará que
no es bueno oponerse contumazmente a los edictos
del emperador promulgados específicamente en pro
de la verdad.

5 Por lo demás, será tarea de vuestras santidades, con
criterio ecuánime, sin malquerencias ni favoritismos,
de acuerdo con los cánones eclesiásticos y apostólicos,
discurrir el apropiado remedio ya para los delitos
voluntarios como para los que sin premeditación in-
currieron en falso, de manera que redimáis la Iglesia
de toda infamia, me aliviéis a mí de preocupaciones y
os granjeéis a vosotros mismos la más excelsa fama
por haber restituido a los que ahora están inmersos en
revueltas el grato don de la paz.

Dios os guarde, dilectos hermanos.

43 1 En fechas posteriores⁷⁵ a que las órdenes se pusieran, con
hechos, en marcha, llegó otro emisario de la corte, instando

al sínodo por despacho imperial y apremiándolo a que, sin dilación, aceleraran el viaje a Jerusalén. Todos, 2
pues, partieron de Fenicia, y a expensas del transporte oficial, se apresuraron al lugar de la cita. Vino a henchirse entonces aquel lugar con el más excelso congreso de Dios, convertida Jerusalén en punto de encuentro de relevantes obispos desde todas las provincias ⁷⁶. Los macedonios enviaron a su obispo 3 metropolitano ⁷⁷. La Panonia y la Mesia a la hermosa floración de su joven tropa consagrada a Dios ⁷⁸; estaba presente también, entre los prelados persas, un hombre exactísimo estudioso de la Sagrada Escritura, un verdadero lujo sacro ⁷⁹, y los bitinios y los tracios ornaban con su asistencia el plenario sinodal ⁸⁰. No faltaron ni siquiera los primados de 4 Cilicia, <mas> en medio de todos descollaba, por su docta elocuencia, la flor y nata de los capadocios. Toda la Siria y Mesopotamia, la Fenicia y Arabia con la misma Palestina, Egipto y Libia, y los que habitan la región tebana, todos a una integraban la magna comitiva divina, al tiempo que dábales convoy un inmenso pueblo llano desde todas las eparquías ⁸¹. Acto de presencia hacía un servicio imperial en su obsequio, al paso que fueron dispuestos conspicuos funcionarios palaciegos, con el ánimo de acrecer el lustre del festejo mediante imperiales dispendios ⁸²; es de resaltar el 1 44 hombre de confianza puesto por el emperador a la cabeza de

aquéllos, preeminente donde los haya, por la fe, religiosidad y aplicación rigurosa a los textos divinos, a quien gozando de nombradía ya en tiempo de los tiranos por sus repetidas profesiones de fe, no sin razón se le encomendó con la comisión de estos encargos⁸³. Este prócer, obsecuente con limpidez suma a un gesto de la cabeza imperial, hizo los honores al concilio con un amable recibimiento, suntuosos banquetes y convivales festines; a los pordioseros y desnudos, lo mismo que a inmensos gentíos de necesitados, hombres y mujeres, sumidos en la carencia de alimentos y demás artículos de vital necesidad, les repartió rumbosos donativos de dinero y vestimenta, y por descontado, adornó toda la basílica con ricas y principescas ofrendas.

45 1 He ahí el servicio que aquél rindió; los ministros de Dios, por su parte, solemnizaron el festejo con preces y sermones: unos enalteciendo la veneración del piadoso emperador hacia el común Salvador, a la par que explicaban con la palabra la grandiosidad de la basílica; otros, deparando a todos los oídos un banquete de intelectual pábulo con disertaciones teológicas a que daban pie determinadas proposiciones religiosas. Había quien se internaba en la interpretación de las Sagradas Escrituras, revelando sus inefables conceptos; pero cuantos no podían recorrer tales senderos, se propiciaban a la divinidad con sacrificios incruentos y místicos rituales, elevando a Dios sus suplicantes oraciones por la paz universal, por la Iglesia de Dios, por el emperador mismo, causa instrumental de tamañas obras, y por sus hijos, caros a 3 Dios. También nosotros en esa ocasión, en la que nos vimos reconocidos con privilegios inmerecidos, pronunciamos distintos discursos públicos en loor de la conmemoración, ya

<haciendo> comentarios a las profundas ideas del emperador, ya <interpretando> las ocasionales visiones de los profetas por los símbolos que les daban base⁸⁴. Ya veis la forma con que se celebró, en medio de general algarabía, la fiesta de la consagración, en el mismo transcurso del trigésimo aniversario del emperador.

Nosotros también describimos, según nuestra capacidad, en un discurso que pronunciamos ante el mismo emperador, la estructura del salvífico templo, la forma del sagrado antro, el esplendor de la obra en sí, y las ingentes ofrendas elaboradas con oro, plata y piedras preciosas, y se lo dimos en un tratado aparte; ese discurso oportunamente lo reproduce la presente obra⁸⁵, y al mismo tiempo le agregaremos el discurso conmemorativo del tricenal, que un poco más tarde, como efectuáramos un viaje a la ciudad que lleva el nombre del emperador, proferimos ante la audiencia del mismo emperador⁸⁶. Ésta fue la segunda vez que glorificamos en la misma corte imperial al Dios soberano universal; en ese

rato, mientras escuchaba aquel hombre caro a Dios, su actitud era de alborozo; efectivamente, tras la audición manifestó expresamente ese estado de ánimo participando en un festín con los obispos presentes y dándoles cortés acogida con variadísimas distinciones.

47 Este segundo sínodo, el más grande que sepamos⁸⁷, lo convocó el emperador en Jerusalén, después de aquel primero que celebró fastuosamente en la ciudad bitinia. Aquél, empero, fue un canto triunfal, y constituía, con motivo del Vicenal del emperador, una oración de acción de gracias por la victoria contra belicosos enemigos, en la misma Nicea; éste, en cambio, venustaba el decurso de la tercera década, cuando el emperador consagró al Dios dispensador universal, junto al sepulcro del Salvador, una basílica, ofrenda votiva de paz.

48 El festival en honor del emperador iba llegando a su fin, y en boca de todos se exaltaba la fibra religiosa del emperador; entonces, un ministro de Dios se atrevió a llamarlo, a la cara, bienaventurado, pues en la vida presente se veía honrado con el imperio universal como único monarca, y en el futuro, iba a correinar junto al Hijo de Dios. Él, al oír indignado esas palabras, le amonestó a que no usara tan temerariamente ese lenguaje, bien al contrario, que elevara oraciones, para que en el presente y en el porvenir pudiera mostrarse digno de servir a Dios⁸⁸.

Cuando se le cumplió el trigésimo año de su imperio, celebró las bodas de su segundo hijo ⁸⁹, hecho que hubo lo mismo con las del mayor, mucho tiempo atrás ⁹⁰. Se celebraron festines y banquetes, siendo el emperador en persona el que escoltó al novio, su hijo, dando lugar a un fastuosísimo convite y entreteniéndose tanto con los grupos de los hombres como con los coros de mujeres, separados aparte; simultáneamente se estaban repartiendo ricos donativos entre el pueblo y las ciudades. 49

En éstas, hicieron su arribada unos embajadores de los indos del levante, con entrega de regalos: se daba una asombrosa variedad de refulgentes piedras preciosas, así como de animales de una especie en todo diferente a cuanto nos era conocido. Ofrecían estos presentes al emperador, dando a entender su poderío hasta el océano, y al dedicarle retratos y estatuas en su honor, los jefes de los países indos no hacían sino profesar el reconocimiento que le tenían como emperador y rey. El caso es que, al comienzo de su imperio, los britanos que habitan <en> el océano al poniente, fueron los primeros que se le sometieron; ahora hacían lo mismo los indos que se asientan en el levante ⁹¹. 50

51 1 Como quiera que señorease del uno al otro confín del mundo habitado, distribuyó el gobierno del imperio entre sus tres hijos, como si se tratara de un predio familiar entre los más queridos de sus causahabientes: el lote del abuelo lo asignó al mayor, el mando del oriente al segundo, y el sector central al tercero ⁹².

Mas con la mira puesta en legarles una dote espiritual de 2
salutífero efecto sobre su alma, les implantaba las simientes
de la religiosidad, bien acercándoles a los conocimientos
teológicos, bien concertándoles hombres de probada piedad
como preceptores; no dejó por ello de señalarles otros ex-
pertos en las restantes materias, gente que había llegado al
ápice del saber. Unos los avezaban en las artes marciales,
otros los hacían versados en los asuntos de Estado, mientras
que no faltó el que los ejercitara como jurisperitos.

A cada uno de los hijos los dotó de su propio equipa- 3
miento imperial, como hoplitas, doríforos, guardia personal,
todo tipo de contingentes expedicionarios, con sus capitanes,
comandantes, generales, taxiarcas, de quienes el padre, con
tiempo, ya había advertido la pericia de su ciencia militar y
la indeclinable fidelidad hacia él⁹³. Cuando los césares eran 1 52
aún de tierna edad, fue preciso que los colaboradores los
asistieran y llevaran adelante los asuntos de gobierno; llegados
a la edad adulta, en adelante bastóles sólo su padre para su
formación. Caso de estar a su lado, los exhortaba a ser
émulos de sus propias pautas de conducta y los instruía
hasta convertirlos en consumados imitadores de su religiósi-
dad; cuando estaban ausentes, les suministraba por escrito
las líneas de gobierno imperial, entre las que figuraba como
principal y más importante que se valorase el piadoso cono-
cimiento de Dios, soberano universal, más que cualquier
beneficio material, más que el propio imperio. Les otorgó, 2
además, la facultad de ejecutar por propia iniciativa aquello
que redundara en interés del Estado, y siempre les incitó a

tener entre las preocupaciones primordiales la de conducir la Iglesia de Dios, como tampoco dejó de prescribirles que profesasen sin miramientos su condición de cristianos. Éste fue el modo de educar a sus hijos; a su vez, ellos, no tanto por coerción cuanto por su voluntario deseo, fueron más lejos de lo que les demandaban los paternales preceptos, prestando todo su espíritu al culto divino, y en sus mismos palacios observaban las normas de la Iglesia en unión de todos los de la casa. Esto también fue obra de la previsión paterna, darles a sus hijos un personal formado enteramente por gente religiosa, e igualmente cristianos eran algunos pertenecientes a los primeros rangos del funcionariado, encargados a la sazón de la administración del Estado. Consiguientemente, al dotarlos de la asistencia de unos hombres fieles a Dios, era como hacerlos inexpugnables con tan sólidas murallas⁹⁴.

4 Una vez que el tres veces bienaventurado dejó incluso eso dispuesto y bien dispuesto, Dios, el dispensador de todo bien, puesto que, por su concurso, todos los asuntos del Estado quedaban bien asentados, juzgó que el momento era ya el adecuado para que pasara a participar de mejores gozos, y le atrajo el desenlace inherente a la naturaleza.

53 Se extendió su mandato durante treinta y dos años menos

unos meses y unos breves días, y el decurso de su vida fue aproximadamente el doble. Mientras vivió, dispuso de un cuerpo libre de enfermedades y robusto, horro de tacha alguna y más juvenil que cualquier mozo: hermoso a la vista, pero vigoroso para arrostrar cualquier empresa que precisase arrostros, como realizar ejercicios gimnásticos, montar a caballo, hacer caminatas, lanzarse cuerpo a cuerpo en los combates, erigir trofeos sobre los enemigos y alzarse con las victorias sobre los adversarios, por lo general sin derramamiento de sangre⁹⁵.

De modo análogo, la calidad de su alma llegó a la 1 54
cumbre de la perfección que suele darse entre los hombres, descollando en todas las virtudes, pero de modo particular en su filantropía, algo que se encontró censurable a juicio de no pocos, por causa de la maldad de gente sin escrúpulos, que endosaban a la tolerancia del emperador el origen de su perversidad. Pues, a fuer de veraces, nosotros mismos fuimos 2
testigos de estas dos lacras de la época descrita, el aflojarse la represión contra gente perversa e insaciable que gangrenaba la vida toda, y la indecible impostura de los que se infiltraron en la Iglesia y utilizaron de modo fraudulento el nombre de cristianos. La filantropía y la bondad ínsitas del emperador, 3
así como la autenticidad de su fe y la franqueza de su carácter, lo indujeron a fiarse de las apariencias de los que se hacían pasar por cristianos y simulaban, con avieso ánimo, albergar para con el emperador un afecto de buena ley. Al depositar su confianza en ellos, quizás se embarcó alguna vez en cosas impropias de él, y es ésta la tacha que logró la envidia contraponer a sus virtudes⁹⁶.

- 55 1 Mas no tardó la justicia divina mucho tiempo en ocuparse de ellos ⁹⁷. En cuanto al emperador, ejercitó tanto su mente con la aplicación de su potencia intelectual, que hasta el mismo momento de su muerte siguió escribiendo, por hábito, discursos, menudeó su (exposición) pública, y siguió ofreciendo a cuantos le escuchaban un magisterio de signo religioso ⁹⁸; persistió en su actividad legislativa, tanto en el plano civil como en el militar, y todo lo orientó con la intención puesta en el bienestar de toda la condición humana.
- 2 Cabe cumplidamente evocar que, estando ya en el umbral mismo de la muerte, pronunció ante su acostumbrado auditorio cierto discurso adaptado a las circunstancias, en el curso del cual (extendiéndose) con prolijidad, disertó sobre la inmortalidad del alma, sobre los que dan término piadoso a la presente vida y los bienes que están reservados por el

mismo Dios junto a sí a las personas religiosas; por el contrario, puso bien de manifiesto con largas exposiciones qué clase de fin obtendrá la camarilla de los que practican lo opuesto, fiando a la pluma la descripción del catastrófico final que aguarda a los impíos. Y mientras aseveraba, sopeándolas bien, aquellas ideas, parecía llegar a la fibra íntima de los de en derredor, a tal extremo que preguntó a uno de los sedicentes sabios qué grado de consistencia le merecía tener lo expuesto; aquél entonces revalidó la verdad de sus palabras, y mal que le pesara, hizo un caluroso elogio de los argumentos esgrimidos contra el politeísmo. Cuando platicaba con sus allegados⁹⁹ sobre esos temas antes de morir, era como si estuviese preparando para sí mismo un tránsito llano y apacible a una mejor vida.

Es digno también de recordar que, por aquellas fechas a 1 56 que nos referimos, se tuvo noticia de un movimiento de tropas bárbaras por el oriente; con denuedo dispúsose a preparar la campaña contra los persas, afirmando que aún le quedaba por conquistar una victoria contra aquellas gentes¹⁰⁰. Puso en marcha el cuerpo expedicionario, y al mismo 2

tiempo mantuvo al corriente de la operación a los obispos de su Corte, preocupado por la necesidad de que lo acompañaran, en calidad de coadjutores imprescindibles, sacerdotes 3 que cuidaran de la sagrada liturgia. Ellos le respondieron que con todo entusiasmo le seguirían con sólo él quererlo, y que en modo alguno buscaban sustraerse a la movilización, por el contrario, combatirían a su flanco con oraciones elevadas al Altísimo. Le satisfizo sobremanera saber eso, y les expuso el plan de marcha ¹⁰¹***.

58 ***Mandó erigir personalmente todo el templo hasta una altura indescriptible ¹⁰², y lo hizo resplandecer empleando

variadísimo surtido de piedras de todas clases; lo revistió de placas de mármol desde la base hasta el techo, a la par que cubría toda la techumbre con oro, tras haberse fabricado un fino artesonado. Arriba, encima de la techumbre, y en la cara externa de la construcción, el bronce, en vez de la alfarería, prestaba su protección a la obra como garantía contra aguaceros. También esta parte rutilaba en todo su derredor por la cantidad de oro utilizada, de suerte que, al reflejarse sobre él los rayos del sol, vivos destellos se proyectaban a los ojos de cuantos lo avistaban. Una tracería a manera de verja forjada con bronce y oro discurría circunvalando el techo. Y de este modo viose el templo dignificado con la formidable dadivosidad del empeño regio. A su alrededor se dilataba una vastísima explanada abierta al aire libre, por cuyos cuatro costados corrían pórticos que abrazaban en su centro la explanada y el mismo templo; junto a los pórticos se alineaban las cámaras imperiales, con baños y refectorios, así como otras numerosísimas dependencias construidas por necesidades de la guardia del lugar.

59

El emperador consagró todo este conjunto con el designio de perennizar el recuerdo de los Apóstoles de Nuestro Redentor. Mas lo cierto es que, cuando lo construyó, también perseguía otro objetivo en su mente que, oculto al principio, hízose a la postre patente a todos. Reservó, pues, para su persona aquel lugar, a la espera del momento fatal de su muerte, y dispuso, con aquel ímpetu extraordinario de su fe, que su cadáver, tras el desenlace, participara del nombre de los Apóstoles, de manera que después del óbito pudiera ser

60

2

merecedor de las plegarias que allí mismo irían a elevarse en honor de los Apóstoles. Por lo cual, tras asentar en medio un altar, ordenó que se celebraran allí oficios eclesiásticos. Por ende, hizo instalar allí mismo doce tumbas, a la manera de estelas sagradas para honra y memoria del coro apostólico, y colocó en el medio su propia urna funeraria, a cada lado de la cual reposaban seis de los Apóstoles¹⁰³. Como ya he dicho, supervisó con meticuloso cuidado ese asunto, el del lugar donde iban a descansar honorablemente sus despojos, una vez muerto. Por cierto, después de haber tomado esa resolución con amplísima antelación, hizo la consagración del templo a los Apóstoles, porque creía que la evocación de éstos iba a repercutir en ventajosa utilidad para su alma; y no lo defraudó Dios, por su parte, en aquello que había tan ardientemente anhelado¹⁰⁴.

5 Efectivamente, una vez cumplidas las primeras prácticas de la Festividad Pascual, no bien hubo pasado la redentora jornada con aire exultante y alegre, haciendo resplandecer

para sí y para todos la fiesta, como quiera que en estos menesteres hubiese pasado su vida <hasta> el final, Dios, con quien los realizaba, lo premió, en el momento más oportuno, con el divino traspaso a algo mejor ¹⁰⁵.

Le sobreviene una primera indisposición a su cuerpo, a 61 ésta le sucede un franco deterioro, y en vista de ello visita los baños de aguas termales de su ciudad; de allá se encamina a la ciudad que lleva el nombre de su madre. Allí pasó un cierto tiempo en la Iglesia de los Mártires, elevando preces, súplicas y letanías a Dios. Cuando se cercioró de lo próximo 2 que estaba su fin, <pensó> que ésa era ya la ocasión de purificarse de sus pasados yerros, convencido de que con la salvífica ablución <y> el poder de las arcanas palabras quedaría su alma limpia de cuanto le acaeció pecar, cual mortal. Tras resolverse a ello, genuflexo en tierra rogó a 3 Dios, a la vez que confesaba sus pecados en el mismo templo, y allí por primera vez se hizo acreedor de las preces litúrgicas mediante la imposición de manos ¹⁰⁶. Como partiera

de allí, arriba a un suburbio de la ciudad de Nicomedia y, convocando allí a los obispos, tuvo estas palabras con ellos:

62 1 «Éste era el cabal momento largamente esperado por mí, sediento, entre oraciones, de hallar gracia ante Dios. Hora nos es ya de gozar del selló que confiere la inmortalidad, 2 hora de la salvífica impronta <que> otrora pensé tomar en las corrientes del río Jordán, en las que se recuerda que también el Salvador recibió el baño, para ejemplo nuestro. Pero Dios, que a fin de cuentas conoce lo más conveniente, 3 es aquí donde nos hace la merced de su gracia. Que no haya, pues, dilación alguna¹⁰⁷. Pues si el Señor de la vida y de la muerte quiere que nosotros sigamos de nuevo viviendo aquí y, de una vez por todas, se ha decretado que yo me agregue en lo sucesivo al pueblo de Dios y como miembro de la comunidad participe de los rezos juntamente con todos los demás, ya me tendré dictadas normas de vida a mí mismo que sean aceptas a Dios»¹⁰⁸.

4 Esto dijo el emperador; ellos llevaron a cabo los divinos ministerios con la minuciosa celebración ritual, e instruido

de cuanto convenía, le hicieron tener parte en los sagrados arcanos. Con ello fue Constantino el único entre los emperadores de todas las épocas que alcanzó la perfección tras regenerarse con los misterios de Cristo, y al hallarse merecedor del sello divino, se regocijó en su espíritu, se sintió renovado y se vio henchido de la luz divina, alborozándose en su alma por lo extraordinario de su fe, pero también estupefacto por la rotundidad del poder divino ¹⁰⁹.

Al consumarse la ceremonia, se puso una esplendente e imperial vestidura que relumbraba como la luz y se recostó sobre un blanquísimo lecho, no queriendo ya tocar más la púrpura ¹¹⁰.

Y después, alzando la voz, elevó a Dios su oración de acción de gracias, diciendo por añadidura: «Ahora sé que soy de veras feliz, ahora sé que se me ha hallado digno de la vida imperecedera, ahora sé que tengo parte en la luz divina» ¹¹¹. Es más, llamaba desgraciados a los faltos de estos

2 bienes, comentando que eran dignos de lástima. Cuando los tribunos y los comandantes de las fuerzas armadas, una vez introducidos en su presencia, estallaron en gemidos, y sollozaban porque iban a quedarse solos, al tiempo que impetraban le fuese concedido otro plazo de vida, como contestación les dijo que era precisamente ahora cuando había ganado la vida verdadera, y que sólo él sabía el precio de los bienes en los que había tenido parte; motivo por el que era el caso
3 darse prisa y no procrastinar el viaje hacia su Dios. Seguidamente, dictó las oportunas disposiciones, y a los romanos que residían en la capital imperial los honró con una renta anual; a sus hijos les hizo entrega del Estado en calidad de herencia, como si se tratase de un patrimonio familiar, y tomó todo tipo de decisiones a su arbitrio ¹¹².

64 1 Todos estos pormenores acaecieron en la festividad máxima en el augustísimo y santísimo Pentecostés, que se distingue por abarcar un período de siete semanas, pero lleva el marchamo de la unidad; las Sagradas Escrituras afirman que en ella tuvo lugar la ascensión de nuestro común Salvador al cielo y el descenso del Espíritu Santo
2 sobre los hombres ¹¹³. En el transcurso de esta solemnidad el emperador recibió las prerrogativas que he descrito; pero en el último día de todos, que sin temor a equivocarse uno podría llamar la fiesta de las fiestas, en torno al mediodía era elevado hacia su Dios, dejando a los mortales lo que de

mortal le emparentaba a ellos, mas engastando en su Dios todo cuanto tenía su alma de intelectual y de sublime ¹¹⁴. He ahí el final de la vida de Constantino ¹¹⁵. Pasemos, pues, a lo que siguió.

Al punto, los doríforos y todo el destacamento de la guardia personal empezaron a rasgarse las vestiduras y a arrojarse al suelo, golpeándose las cabezas y lanzando voces lastimeras, entremezclándolas con los gemidos y vociferaciones, e invocaban al amo, al señor, al emperador, pero no al amo como tal, sino como al padre, a la manera de verdaderos hijos. Los tribunos y los centuriones lloraban por el salvador, el protector, el bienhechor, y el resto de las tropas se acercó también como una grey, en reverente orden, para despedir, en la añoranza, al pastor bueno. De igual modo, el pueblo recorría la ciudad entera, haciendo ostensible,

entre gritos y gemidos, el <íntimo> dolor de sus almas; otros, cabizbajos, parecían alienados y todo el mundo convertía en propia esta calamidad y dábale golpes, como si se les hubiese arrebatado de su vida el bien común a todos¹¹⁶.

66 1 Los soldados levantaron el cadáver y lo depositaron en una urna de oro, que recubrieron con la púrpura imperial, transportándolo a la ciudad que lleva el nombre del emperador; a continuación lo colocaron sobre un alto <catafalco> en la más principal de las salas imperiales, y como encendieron hachones sobre candelabros de oro en círculo, ofrecieron a los que lo contemplaban un espectáculo tan fascinante como nunca desde los primeros tiempos, ha sido visto por
2 nadie sobre la tierra bajo los rayos del sol. Pues en el interior mismo del palacio, en el centro preciso del imperial conclave, al cadáver imperial yacente sobre una alta urna de oro, adornado con las insignias, la púrpura y la diadema imperiales, día y noche lo custodiaba insomne un numerosísimo cortejo circundante¹¹⁷.

Los comandantes de todas las fuerzas armadas, los condes y todo el estamento de los magistrados, que ya con anterioridad solían prosternarse ante el emperador, sin mudar en absoluto ese trato acostumbrado, entraban a horas determinadas en la cámara, y de rodillas, no menos tras su muerte, siguieron rindiendo honores al emperador yacente en la urna, como si aún estuviera en vida ¹¹⁸. Después de éstos, que fueron los primeros, desfilaron también conforme al mismo ceremonial los senadores mismos y todos los dignatarios; con posterioridad, acudió igualmente a contemplarlo un incalculable gentío, mujeres y niños incluidos. Este conjunto de cosas llevó consigo mucho tiempo tras la decisión de los soldados de retener así el cadáver y guardarlo, en tanto sus hijos, haciendo acto de presencia, no se hiciesen cargo personalmente de las honras fúnebres a su padre. Este biena-

venturado fue el único mortal que reinó tras su muerte ¹¹⁹; la rutina cotidiana siguió desarrollándose como si él continuase vivo; desde que el mundo es mundo, sólo él en exclusiva recibió este don de Dios. Y es que, como él fue, entre todos los emperadores, el único que honró a Dios Soberano Universal y a su hijo Cristo en toda suerte de acciones, con toda razón fue el único que obtuvo privilegios semejantes, y el Dios que está por encima de todo lo creado tuvo a bien que su elemento mortal siguiera teniendo autoridad imperial entre los hombres, mostrando así, a los que no tienen empedernida la mente, que el imperio del alma es inveterable y no

sometido a términos. Ése era, pues, el curso de los acontecimientos. Entretanto, los tribunos militares seleccionaron 1 68 entre los soldados a sus órdenes a aquellos hombres ya de antiguo conocidos del emperador por su fidelidad y rendido celo y los enviaron con el encargo de mantener al tanto a los césares de lo realizado. Éstos ejecutaron la orden. Todas las 2 fuerzas armadas por doquier, enteradas, como por inspiración divina, del deceso imperial, resolvieron de consuno, como si el magno emperador estuviera aún para ellos con vida, no proclamar emperador de los romanos a ningún otro, a excepción solamente de los hijos de Constantino. No mucho 3 después exigieron que ya no estuvieran al frente de los negocios públicos en calidad de césares, sino que, desde entonces, lo hicieran como augustos, lo que vendría a ser como el símbolo sumo y máximo del supremo poder imperial. Tales fueron las medidas adoptadas por las fuerzas armadas, y se intercambiaron despachos sobre las resoluciones y aclamaciones respectivas; en el mismo instante, por todo el imperio, fue del dominio de todos el unánime acuerdo de los ejércitos ¹²⁰.

69 1 Los habitantes de la ciudad imperial, es decir, el Senado y el pueblo romano, cuando se enteraron de la muerte del emperador, acogieron la noticia como algo horrendo y que rebasaba cualquier calamidad, y se abandonaron a toda muestra de aflicción sin cortapisas. Se cerraron los baños, los mercados, los espectáculos de masas y todo tipo de recreos que suelen hacerse para que solace su vida la gente alegre. Los que antes tenían una vida muelle, ahora vagaban por las calles cabizbajos, y todos a una se hacían lenguas de aquel bienaventurado, caro a Dios, y merecedor inconcuso
2 del imperio. Y no sólo pregonaban su congoja con gritos, sino que pasaban a los hechos honrando al difunto con la dedicación de retratos a su memoria, exactamente como si todavía estuviera vivo: en esas cromáticas tablas hacían trazar la figura del cielo, y representaban al emperador, por encima de la bóveda celeste, recostado en su etérea

morada. También éstos, los habitantes de Roma, proclamaron a sus hijos, a ellos sólo, y no a otros, emperadores y augustos, y apelaron al griterío más lastimero, en su afán por que se transportase el cadáver de su emperador a su lado, y se le hiciera reposar en la urbe imperial ¹²¹.

Hemos descrito cómo éstos también rindieron homenaje al que había hallado precio cabe el Altísimo. El segundo de los hijos, en cuanto llegó a la ciudad, mandó llevar los restos mortales de su padre, encabezando él mismo la conducción ¹²². Abrían la marcha destacamentos de soldados en compacta formación; seguía una innúmera multitud, mientras lanceros y soldados de infantería pesada ceñían el cuerpo del emperador. Cuando llegaron al templo de los Apóstoles del Salvador depositaron allí el ataúd. Y de esta suerte el joven emperador Constancio cumplió lo que la piedad filial demanda, al tributar al padre condigno agasajo, tanto por el hecho de su presencia como por el ceremonial que en su honra se desplegó. 70

71 1 Nada más retirarse con toda su pompa bélica, avanzaron a un primer plano los sacerdotes de Dios con la turbamulta y todo el pueblo fiel congregado, y desarrollaron el ceremonial del culto divino con sus preces ¹²³. Aquel bienaventurado que yacía sobre el alto catafalco recibía la loa de las celebraciones; por su parte, el pueblo en masiva concurrencia, a una con el personal consagrado a Dios, con inagotables lamentos y no sin lágrimas, elevaba a Dios sus oraciones por el alma del emperador, llevando a efecto estrictamente el beneplácito de
2 aquel amado de Dios, y hasta a este respecto puso Dios de manifiesto la privanza que dispensaba a su servidor, pues de un lado, su final significó la transmisión del imperio a sus amados y legítimos hijos en tanto que herederos, y del otro, se hizo merecedor del lugar que para sí con tanto ahínco se había procurado en consorcio con el recuerdo de los Apóstoles, tal como todavía ahora <es> de ver ¹²⁴ el cadáver de aquella alma tres veces bendita glorificado junto al nombre de los Apóstoles y agregado al pueblo de Dios, siendo

acreedor de las sagradas rúbricas y del místico sacrificio, así como disfrutando de la comunión de las purísimas plegarias, él mismo, en fin, reteniendo en persona el imperio aun después de su muerte. Vencedor, Máximo, Augusto, en su propio nombre tiene en su mano la jefatura de los romanos, señoreando redivivo el universal imperio.

No como el ave egipcia ¹²⁵ que, según se dice, única en su especie, muere sobre olorosas hierbas ofreciéndose a sí misma el propio sacrificio, para después revivir de las mismas pavesas y, recobrando el vuelo, continuar siendo en su natural como antes era; sino como su mismo Salvador, que, a la manera del grano de trigo, al multiplicarse, de uno que era, produce la espiga con la bendición de Dios, y repleta a toda la humanidad de sus frutos. Pues sí: a semejanza de éste, aquel príncipe tres veces bienaventurado, en vez de uno, hízose múltiple por la sucesión de los hijos, de modo que por todas las provincias se le tributa la debida honra, elevándole estatuas en compañía de sus hijos, y aun después de su muerte sigue usándose, como algo familiar, el nombre de Constantino.

Fueron asimismo acuñados unos tipos de monedas en los que se hizo grabar por la cara principal la figura del bienaventurado emperador con la cabeza velada, y por el reverso su efigie a modo de auriga en carro de cuatro caballos, en el

72

73

acto de ser el acogido por una mano derecha que se le tendía de lo alto ¹²⁶.

- 74 Al mostrarnos ante nuestros propios ojos estos hechos en la persona de Constantino, único entre los que alguna vez han sido, que se confesó cristiano sin circunloquios, Dios, soberano universal, ha puesto de manifiesto cuán gran contraste había, qué duda cabe, entre los que recibieron el privilegio de venerarlo a él y a su Salvador y los que eligieron la vía contraria, los cuales, lanzados desenfrenadamente a hostigar a su Iglesia, se lo malquistaron como enemigo irreductible, constituyendo el catastrófico fin de todos ellos la prueba irrefragable que delató su odio a Dios; como, de manera análoga, a todo observador le resultó evidente la garantía de la predilección divina que había implícita en la muerte de Constantino, siendo él el único de los emperadores romanos que reverenció al Dios Soberano Universal con
- 75

piedad preeminente, el único que pregonó a todos la doctrina de Cristo con audaz franqueza, el único que dio gloria a su iglesia como ningún otro desde el origen de los tiempos, el único que truncó el desvarío politeísta y refutó cualquier viso de idolatría, pero sobre todo, el único al que se le premió, tanto en vida como después de su muerte, con prerrogativas de tal entidad, que nadie ha sido capaz de citar alguno entre los griegos, o los bárbaros, o, cabalmente, entre los antiguos romanos, al que le hayan tocado pariguales dones en suerte, y no puede recordarse, desde el origen de los tiempos hasta nosotros, alguien que con él tolere parangón ¹²⁷.